

INTRODUCCIÓN

Desde que Colón confundiera las islas del Caribe con India, Japón y China, y la temprana inserción del continente en la cartografía heredada de Tolomeo, el espacio americano ha pasado un complejo camino semántico de definiciones. Durante el siglo xvi, la Corona española aglutinó los territorios conquistados bajo el nombre de Indias Occidentales, en torno a cuyo concepto se constituyeron importantes instituciones, por ejemplo, la poderosa Casa de la Contratación de Indias, y los territorios fueron a la vez marcados como una extensión de España. Por ejemplo, un poco después de la caída de Tenochtitlan, al valle de Anáhuac, antiguo asiento del Imperio azteca, se le llamó Nueva España, y, en el siglo xviii, a la región que ahora comprende Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador se le nominó Nueva Granada. El término «América Latina» o «Latinoamérica» (Amérique latine) aparece en el siglo xix, luego de los movimientos independentistas que sacudieron el espacio colonial español y portugués, y la ambición francesa bajo Napoleón III (1852-1870) de ocupar el vacío político dejado por su rival europeo. A pesar de ser un término de origen francés, inventado por las necesidades expansionistas del recién restaurado Imperio galo, «Latinoamérica» será adoptado por los intelectuales criollos. A principios del siglo xx, el pensador uruguayo José Enrique Rodó recurre en su ensayo *Ariel* a esta noción para defender y marcar las diferencias entre la herencia cultural hispana y portuguesa de Centroamérica y Sudamérica, y la anglosajona de Estados Unidos y Canadá.

Para finales de siglo xx y principios del xxi, el Nuevo Mundo sigue estimulando el debate en torno a su naturaleza, y las definiciones continúan proliferando. El escritor chileno Jorge Edwards propone el concepto de «otro Occidente» para Latinoamérica:

La expresión «otro Occidente» es un oxímoron, una contradicción esencial, un par de nombres que no pueden ir juntos, que se repelen. Porque el Occidente,

por definición o por autodefinición, es central, y el otro es todo lo que no le pertenece, todo lo que se encuentra fuera de sus límites. El latinoamericano, en consecuencia, por estar fuera del centro, en la periferia, en territorios marginales, es el excéntrico, el pariente colateral, el sobrino de Occidente. No es en ninguna circunstancia el hijo, el continuador legítimo o, por lo menos, natural de la tradición (346).

Este concepto, como muchos otros, revela la complejidad de definir el espacio del llamado Nuevo Mundo sin recurrir a una teorización en torno a la condición cultural o incluso ontológica de sus habitantes. En este caso, Edwards vincula con un movimiento metonímico o de contigüidad una categoría espacial —la relación entre centro y periferia— a la supuesta naturaleza de los latinoamericanos y, por otra parte, trata de reflejar la cualidad contradictoria del concepto cultural de «otro Occidente» con una imagen espacial, un espacio occidental diferente.

Desde el siglo xv, a partir del primer viaje de Cristóbal Colón en 1492, se ha dado un intenso debate sobre la naturaleza del espacio y las culturas del llamado Nuevo Mundo. Por ejemplo, la idea del Nuevo Mundo tomó más de treinta años después del «descubrimiento» para imponerse sobre el concepto de Indias. La idea de América también tuvo su resistencia, sobre todo en el ámbito de la Corona española, y, en el siglo xix, apareció la idea de Latinoamérica, que agregó otro concepto a la colección de términos con los que se ha tratado de explicar o definir la realidad del continente.¹ La insatisfacción con los conceptos refleja disputas por la apropiación política, ideológica y cultural del espacio imaginario y real, conquistado por la expansión del poder europeo.

En la cultura occidental, la exploración y la escritura siempre han estado asociadas a la producción de espacios reales o imaginados, y el llamado descubrimiento del supuesto Nuevo Mundo constituyó un evento que generó una insaciable necesidad de expediciones marítimas y terrestres. Los viajes se hacían en busca de riqueza y la narración o crónicas de las expediciones para conquistar la fama. En la edad de la imprenta y de la reproducción mecánica

¹ Véase el estudio de Walter D. Mignolo sobre la historia, las implicaciones políticas y epistemológicas del término América Latina: *The Idea of Latin America*.

del manuscrito (iniciada a finales del siglo xv con el invento de Gutenberg), la publicación se convirtió en un instrumento altamente deseado y más poderoso que nunca. Las noticias del Nuevo Mundo circulaban en toda Europa con una velocidad nunca vista, y los protagonistas de las conquistas y de los descubrimientos de nuevas tierras se convertían en breve tiempo en figuras heroicas y legendarias. Así, gracias a la publicación (1522) de su segunda carta a Carlos V, y la conquista del Imperio azteca, Hernán Cortés entró en el imaginario y la conciencia europea como el héroe de una de las hazañas más impresionantes de la historia del Viejo Mundo.

El perfil del llamado Nuevo Mundo se comenzó a diseñar con los instrumentos de la cartografía y de la escritura; ambos fueron esenciales en la descripción y configuración del nuevo espacio. Pero como apunta John Kirtland Wright, la cartografía medieval con la que trabajaron los primeros exploradores, sobre todo Cristóbal Colón, distaba mucho de la disciplina moderna; esta era «geosofía» puesto que concebía toda la tierra con un propósito divino.² De hecho, los términos cosmografía, geografía, topografía y corografía se confundían mucho en los siglos xv y xvi.³ Con el desplazamiento de la mentalidad medieval europea al paradigma humanista del Renacimiento, la apreciación y representación de los nuevos territorios se instaló poco a poco en la escritura; sin embargo, la aceptación de la nueva configuración espacial del planeta no fue instantánea ni mucho menos simple, aun en la cartografía.⁴

Este trabajo examina la relación entre escritura y espacio geográfico y político. Busca responder interrogantes de cómo, por ejemplo, el Nuevo Mundo ha sido figurado con la escritura como un espacio diferente y, sobre todo, cómo esta relación entre la escritura y la representación del Nuevo Mundo ha sido a la vez determinante para el desarrollo de la narrativa hispanoamericana. A pesar de que, desde los primeros viajes de Colón, escritura y cartografía han estado asociadas a la representación del Nuevo Mundo, la figuración

² Véase «Terrae Incognitae: The Place of Imagination in Geography» (Wright 68-88), citado por John R. Gillis (17).

³ Véase «New Geographical Horizons: Literature» (Quinn 635-58).

⁴ Geoffroy Atkinson constata, por ejemplo, que en Francia una descripción cartográfica del mundo que alcanzó cinco ediciones entre 1539 y 1560 no aparecía el Nuevo Mundo, y todavía reproducía el paradigma medieval de la división de la tierra en tres partes: Europa, África y Asia. Citado por Hildegard Binder Johnson en «New Geographical Horizons» (615-33).

lingüística del espacio ha sido poco estudiada, sin duda porque el concepto mismo de espacio representa un gran desafío conceptual.

Desde el punto de la filosofía, el debate en torno al concepto de espacio ha sido muy fecundo. Las preguntas que han ocupado a las mejores mentes durante siglos buscan determinar si el espacio existe por sí solo y, si existe, cómo se manifiesta, o si es nada más un concepto que se revela a través de relaciones con otros objetos del mundo físico, o si es una categoría particular como el tiempo o, incluso, una categoría inseparable del tiempo. Teorías opuestas que figuran el espacio como un vacío o como una substancia en la cual se acomodan los objetos han tenido sus defensores y detractores, aun en el pensamiento de la física moderna. Por ejemplo, Newton reconocía que el espacio solo se podía concebir (igual que el tiempo y el movimiento) a partir de sus relaciones con otros objetos, es decir, a partir de relaciones relativas; sin embargo, el físico inglés creía paradójicamente que el espacio, aunque fuera invisible, era real y poseía una entidad propia. En cambio, su rival, Leibniz, se oponía a la realidad de un espacio absoluto.⁵

En las ciencias humanas, el espacio se considera —al menos esta noción ha adquirido preeminencia en los últimos años— como un constructo social, o sea, como una figuración conceptual que no posee su propia realidad física. *La production de l'espace* (1974) de Henri Lefebvre ha sido la obra que más influencia ha tenido en las últimas décadas en muchas disciplinas, y aun en la cartografía.⁶ Lefebvre, sin embargo, acepta la existencia de un espacio absoluto, natural, que consiste en fragmentos de la naturaleza, en lugares elegidos por sus características intrínsecas (cavernas, volcanes, o ríos), pero que la consagración (social o religiosa, política o cultural) termina por despo-

⁵ Véase *Time and Space* (Dainton 153-62).

⁶ De acuerdo con Tim Unwin, «la idea de que el espacio se produce o se construye socialmente se ha convertido en uno de los fundamentos de la geografía social y cultural contemporánea, lo que ha generado una prolífica producción de publicaciones teóricas y empíricas» (la traducción es mía). [«The idea that space is socially produced, or constructed, has become one of the foundations of contemporary social and cultural geography, generating a wealth of theoretical and empirical publications» (11)]. A principios del siglo xx, Émile Durkheim en su obra *Les formes élémentaires de la vie religieuse* consideró el espacio parte de los conceptos, cuyo origen se halla en el pensamiento social y no como una categoría absoluta.

seerlos de sus particularidades naturales.⁷ Para Lefebvre, si hay producción y un proceso productivo de espacio, esto implica necesariamente que hay una historia; el espacio posee su dimensión histórico-temporal. Por tanto, cada sociedad y cada época figuran su propio espacio. Sin embargo, la historia del espacio, de su producción en tanto que «realidad», de sus formas y representaciones, no se confunde, según Lefebvre, ni con el encadenamiento causal de hechos llamados históricos, ni con la sucesión, con o sin finalidad, de las costumbres y leyes, y de las ideas o ideologías (57). En la producción del espacio confluyen de manera compleja y de manera diferente —de acuerdo con sus cualidades y propiedades, y según las sociedades y las épocas— la práctica espacial, las representaciones del espacio, y lo que Lefebvre llama los espacios de representación. La relación entre estos tres elementos, de acuerdo con Lefebvre, no es ni simple ni estable (57).

Desde los primeros documentos, las crónicas de Indias, hasta la novela contemporánea, se refleja la cambiante figuración del espacio que se inició con el llamado descubrimiento del Nuevo Mundo. La escritura fue y continúa siendo un incontestable espacio de representación y de producción de espacio. También en el Nuevo Mundo, la escritura, como espacio de representación, construye su propio espacio narrativo y poético. Qué tan importante es la representación del Nuevo Mundo en las crónicas y más tarde en la novela constituye una de las preguntas capitales de investigación para este trabajo. No obstante, no se puede examinar la relación entre escritura y representación del espacio sin considerar los elementos que intervienen para convertir la escritura en un espacio de representación que se apropia a la vez del espacio que crea para su propia representación.

El llamado Nuevo Mundo, como espacio, se interpreta y diseña desde varias perspectivas, y siempre en relación con diferentes discursos históricos, culturales o religiosos, y mediado también por distintos conceptos geográficos, políticos y cosmogónicos.⁸ Por tanto, aproximarse al Nuevo Mundo

⁷ *La production de l'espace* (Lefebvre 59).

⁸ Para la perspectiva marxista de Lefebvre, el modo de producción constituye el principal elemento en la producción de espacio, de esta forma, el modo de producción feudal produjo un espacio diferente del capitalista, que destaca el valor de la mercancía. Para este estudio examinamos más bien el concepto relativo, es decir, el espacio que solo se puede representar en

como un espacio relativo, en oposición a un concepto de espacio absoluto, es la vía más adecuada para examinar cómo surge el Nuevo Mundo primero en la escritura de la conquista y después en la narrativa postcolonial.

En el primer capítulo de este trabajo se abordan las crónicas y cómo la configuración del espacio es importante no solo para la formación del Nuevo Mundo, sino también para la propia escritura. De una u otra forma, en todos los primeros escritos europeos sobre el descubrimiento y la conquista, el nuevo espacio figura de una manera preponderante, aunque quizá en los escritos de Cristóbal Colón sea el caso más obvio. Debido a la naturaleza exploratoria de su empresa, las descripciones del espacio constituyen una de las partes más destacadas de su diario. Pero no solo en los escritos de exploradores, sino también en los documentos de los conquistadores, como las relaciones de Hernán Cortés a Carlos V, se integra el espacio como un elemento indispensable para sus estrategias retóricas y políticas.

El llamado Nuevo Mundo aparece en la mayoría de las crónicas de Indias como un objeto de deseo, un espacio codiciado, y esta obsesión se asienta profundamente en la escritura, a veces como la dimensión oculta y otras como el objeto palpable de los escritos. La manifestación de este deseo se presenta de múltiples formas: como la ambición material y política de los conquistadores, o la preocupación religiosa y teológica de los misioneros, o la curiosidad intelectual y epistemológica de los exploradores y escribanos de la Corona española u otras potencias europeas. Para asegurar el éxito de su empresa conquistadora, Cortés no solo necesitaba interpretar las culturas mesoamericanas, sino también el nuevo espacio por donde se movía. Los aspectos de su estrategia de poder y conquista se han estudiado ampliamente desde diferentes perspectivas —históricas, culturales, políticas y diplomáticas—, pero el papel que juega el espacio dentro de su estrategia retórica ha sido poco examinado, especialmente la función que este posee como fundamento de la escritura. La representación y producción de espacio en el caso del conquistador del Imperio azteca se vincula directamente con su imaginación y ambición de poder.

la relación que existe entre los objetos físicos reales, y es en la formulación de estas relaciones que entran en juego diferentes perspectivas políticas, religiosas y culturales.

En este capítulo también analizamos la obra enciclopédica de Gonzalo Fernández de Oviedo sobre la naturaleza del Nuevo Mundo y cómo las descripciones de la novedad natural, en lugar de despertar la sospecha de la existencia de otro continente o de tierras desconocidas, inspiraron al autor a configurar o elaborar una tesis sobre un espacio de la Antigüedad, las Hespérides, o sea, un espacio supuestamente olvidado. Las reflexiones de Oviedo, en especial sobre las plantas, lo llevan incluso a figurar o imaginar un espacio humanista idílico o utópico. La escritura de Oviedo está, por tanto, dominada por sus nociones geográficas y elabora a su vez supuestas teorías para engrandecer el origen y la historia de la Corona española.

Las crónicas de Indias, además de ser inventarios de acontecimientos de la conquista y de descripciones de las tierras descubiertas por los exploradores, se constituyen —junto con diferentes formas culturales y religiosas europeas— en espacios de producción, y en herramientas para la formación del nuevo espacio colonial que duró más de tres siglos como una extensión de las potencias europeas, hasta que las guerras de independencia en el siglo XIX ponen fin a la realidad política y espacial colonial.

Los movimientos independentistas terminaron con el paradigma espacial colonial del Imperio español y lo sustituyeron por el concepto territorial de la nación. Esta ruptura política y espacial se llevó también a cabo en el mundo de las letras. En el segundo capítulo abordamos cómo la representación del espacio en el siglo de las independencias y principios del siglo XX constituyó un aspecto importante en el desarrollo de la poética y narrativa en Hispanoamérica. La necesidad de sustituir o subvertir la oposición entre centro y periferia, entre el Imperio español y sus colonias, para crear el nuevo centro de las repúblicas, convirtió a la escritura en un terreno indispensable para la producción de la nueva configuración espacial en el Nuevo Mundo.

Desde las letras (la ciudad letrada de Ángel Rama) se comienza a imaginar el espacio de las nuevas naciones. Las nuevas comunidades imaginadas (Benedict Anderson) surgen como mundos lingüísticos, y en torno a conceptos como «frontera», «sabana», «pampa» y «selva» se modela el espacio de las nuevas repúblicas. Examinamos en este capítulo las variantes de la representación poética y narrativa del nuevo paradigma espacial en el siglo de las independencias y las primeras décadas del siglo XX. Coincidencias y diferencias entre, por ejemplo, las visiones del jurista, poeta, educador y lingüista Andrés

Bello y el político y hombre de letras Domingo Sarmiento en cuanto a los proyectos territoriales y culturales de las emergentes naciones. El paradigma espacial, geográfico, cultural y político de las repúblicas, con su razón y lógica del discurso de la Ilustración europea, principalmente de las ideas republicanas que destronaron la legitimidad de la monarquía francesa durante la Revolución de 1789, desplazó del territorio americano el modelo territorial del Imperio español, basado en el universalismo de la Iglesia Católica.

Las élites letradas criollas iniciaron la conquista del nuevo modelo espacial de las repúblicas apropiándose de los contornos de lo regional y de lo local con el fin de alejarse del inmenso espacio creado por el Imperio español; por eso lo fragmentan. Obras canónicas (*Facundo*, *Doña Bárbara*, *La vorágine*, por ejemplo) aparecen en el siglo XIX y primera mitad del siglo XX para representar este impulso regional. Para la mitad del siglo XX, sin embargo, el paradigma territorial de las nuevas naciones parecía estéticamente agotado, particularmente en la novela, aunque no solo en este género. Dos obras que son hoy parte del canon aparecen casi simultáneamente e incursionan de otra forma en el espacio en la literatura. Primero, el *Canto general* (1949) de Pablo Neruda, y pocos años más tarde, en 1953, *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier. Ambas obras manifiestan otro concepto de espacio, paradójicamente, con muchas más semejanzas al trazado por las primeras crónicas de Indias. En el tercer capítulo examino la representación del espacio y cómo la novela se revela por excelencia una heredera de las primeras crónicas de Indias, sobre todo en términos espaciales. Como preámbulo analizo el *Canto general* y luego *Los pasos perdidos*, para terminar con la novela más célebre de la llamada generación del *boom*, *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez. Postulamos que estas obras, en términos narrativos y como espacio de producción de espacio, comparten con las primeras crónicas el deseo de conquista y figuración de un espacio más universal y amplio; en este sentido, después de varios siglos de escritura sobre el Nuevo Mundo, la empresa de conquista del espacio y de su representación, iniciada con el viaje de Colón en 1492, vuelve en el siglo XX a visitar, irónicamente, ese comienzo azaroso de finales del siglo XV que se extendió a lo largo del siglo XVI.